



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII	San Salvador, C. A., Mayo de 1957	Número 115
---------	-----------------------------------	---------------

ORIENTACION

Desintegración en cadena

Era uno de los temores de los físicos constructores de la bomba atómica, la eventual desintegración en cadena de los elementos constitutivos de la materia que pudiera acarrear la destrucción del mundo. Por fortuna no se ha verificado hasta la fecha este temor en el mundo físico, pero vemos que se está verificando en el mundo espiritual y en sus repercusiones individuales y sociales desde que los hombres nos hemos ido desligando progresivamente de Dios principio, fin y conservador o mantenedor en su ser de todas las cosas.

Bajo dos aspectos podemos darnos cuenta de esta desintegración, uno individual y otro social resultante del primero.

¿Que va a ser del hombre para quien Dios ya no es el Creador a quien reverencia y acata, el testigo a quien se confía, el Padre a quien ama, el Glorificador en quien espera? Un punto sin referencia, un asteroide desplazado de su centro de gravedad, inteligencia o preguntas sin respuesta, corazón o ansias insaciables, inexplicable enigma. A la manera de un átomo sacado fuera de su órbita vagará incierto en el vacío o se irá a estrellar contra los que se encuentren a su paso o pasará a integrarse en otro orden bajo nuevas fuerzas o nuevos centros de gravedad que podrán encauzar su inquietud original más bien destruyéndola que satisfaciéndola hasta el momento de volver en sí y encontrarse nuevamente con el vacío que nada ni nadie puede llenar.

Multipliquemos ahora por miles y millones a este individuo en un mundo que está sacando a pueblos y continentes enteros de sus atávicos ensueños, ofreciéndoles, pregunta tras pregunta, mezquinas soluciones incapaces de satisfacer sus aspiraciones más íntimas y nos podemos figurar de alguna manera el hervidero descompositivo de una humanidad hecha para Dios, que nunca deja de tender

a El aunque sea ciegamente y a la que de propósito se le oculta su conocimiento para sustituirlo con infinidad de criaturas que si por un momento le contentan, pronto vienen a desengañarla y sumirla en desencanto y aun desesperación.

No se trata de vanas o interesadas descripciones. Es la realidad de nuestra civilización, que se pregona en peligro de desaparecer por una total desintegración si antes no sucede que de las terribles armas que ha inventado haga uso para su propia destrucción en un momento de locura y desesperación.

Un hombre honesto a la luz de la razón y mucho más un cristiano a la luz de la fe todavía cala más hondo: ve condenarse para siempre las almas creadas por Dios para ser con El eternamente felices, ve el fin último de la sociedad perdido en grandísima parte e intuye en este malograrse de las intenciones del Creador y Redentor por la libre voluntad del hombre el principio del fin del mundo. ¿Para qué quiere Dios a la humanidad cuando no consigue de él el fruto apetecido? Únicamente la podrá salvar un soplo de vida renovadora que vaya reintegrando los elementos en estado de descomposición en cada individuo y por los individuos en la sociedad y en las naciones hasta volver a hacer del mundo un cuerpo, un organismo vivo, conforme a los planes de Dios.

El proceso de organización será el inverso del de la desintegración. Si el hombre se desintegra por apartarse de Dios, se habrá de reintegrar acercándose a Dios, porque solamente en Dios puede encontrar la razón de su existencia y los medios de actuarla conforme a su ser racional y libre. La negación se ha de sustituir con la afirmación, la desobediencia con la obediencia, el orgullo con la humildad, el desorden con el orden, el libertinaje con la reglamentación, la irreligión con la religión.

AGRAVANTES DEL CASO

Hemos de observar que nuestro caso es especialísimo por las circunstancias agravantes de tratarse de una segunda descomposición, a pesar de tener la vida a nuestro alcance, y cuya solución se quiere buscar prescindiendo absolutamente de todo lo que sea o se llame Dios.

Nuestra situación es muy diferente de la que confrontaba el mundo antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo como su Redentor y Salvador. También entonces el hombre sufrió una desintegración en el paraíso de results de su desvinculación con Dios por el pecado original, una desintegración que se fue acentuando hasta quedar la humanidad sumida en una barbarie moral completa, fuera del pequeño pueblo de Israel, y en una barbarie aun física la mayor parte; pero todos los pueblos antiguos siguieron viviendo prendidos de la idea de Dios, aunque deturpada por la idolatría, y anhelando a su modo al Salvador.

Vino Jesucristo al cumplirse la plenitud de los tiempos a iluminarle con el fulgor de su doctrina divina y a vivificarlo con el calor de su gracia y estableció en la tierra el Reino de Dios, su Santa Iglesia, que como buena Esposa y Madre le fue engendrando pueblos y naciones hasta formar la cristianidad, heredera de las culturas antiguas, a las que infundiendo su espíritu transformó en un género de civilización el más elevado hasta ahora conocido y por lo mismo dotado de una fuerza maravillosa de atracción y asimilación que la ha constituido en la civilización por excelencia, envidiada y respetada mientras ha sabido mantenerse cristiana, parificada y aun menospreciada al paso que va vaciándose de sus esencias cristianas, porque la civilización no la constituyen sólo los artefactos de la técnica que pueden ser y van siendo comunes a todos, sino ante todo la

dignificación y elevación de la persona humana, sus doctrinas y esperanzas que jamás podrán ser superadas por ninguna otra civilización laica o anticristiana.

Tiene el Reino de Dios en la tierra, la Iglesia, la Cristianidad un sello de absoluto y definitivo que convierte en trágica la situación de quienes, individuos o naciones, se apartan de ella una vez que a ellos han pertenecido. Representando por voluntad divina la salvación del mundo con caracter definitivo en el proceso redentor de la primera desintegración, no se puede esperar otra segunda redención o reintegración. "En esto consiste la vida eterna en que te conozcan a Ti solo Dios verdadero y a quien has enviado Jesucristo" (Jo. 17. 3). "Yo soy el camino, la verdad y la vida". (Jo. 14, 6) "Mis palabras son espíritu y vida". (Jo. 6, 24) "Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas" (Jo. 8, 12) "Yo soy el pan que da vida al mundo". (Jo. 6, 33. 35) "Ni se nos ha dado otro nombre, sino el de Jesús, en el que podamos ser salvos". (Act. 4, 12).

Tales expresiones lo son de una voluntad precisa de Dios independiente de la nuestra; representan una ley divina en el gobierno del mundo.

Alguno pudiera pensar que se trata del gobierno interior e invisible de las almas. No lo negamos, pero son proyecciones al estilo de Dios de dentro a fuera, del alma al cuerpo, de individuos a sociedades y naciones, formando un todo, sin esa disociación arbitraria antinatural, y contradictoria que en muchas partes ha introducido y trata de conservar y prorrogar el protestantismo y su escuela el laicismo.

De aquí que los Papas al enjuiciar el estado actual del mundo en sus diferentes aspectos cívicos, culturales, económicos o políticos y constatar su estado desequilibrado y peligroso para la verdadera paz descubren su causa más profunda en la desintegración progresiva que el mundo occidental ha venido sufriendo desde la aparición del protestantismo. Y puestos a indicar un remedio no encuentran otro radical que el de volver a reintegrarnos por los mismos pasos por los que nos hemos ido desintegrando, de lo más cercano a lo más elevado, de lo visible a lo invisible, del Papa a la Iglesia, de la Iglesia a Jesucristo, de Jesucristo a Dios.

LA CADENA SALVADORA (1)

El primero e insustituible fundamento de la religión, es Dios. No el de los panteístas indentificado con el mundo, sino el Dios de los cristianos, el Dios personal, trascendente, omnipotente, infinitamente perfecto, único en la trinidad de personas y trino en la unidad de la esencia divina, creador del universo, señor, rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite ni puede admitir otras divinidades junto a sí. Como Creador es el Legislador supremo al que esencialmente están obligados a obedecer individuos y sociedades, en todas las esferas de la vida, por lo que no puede ninguna ley humana estar en disonancia con la divina.

La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en Jesucristo, su Hijo, que es el que nos descubre al Padre con una reciprocidad tal que quien confiesa o niega al Hijo confiesa o niega al Padre. Jesucristo es el Verbo o la Palabra por la que en la plenitud de los tiempos nos ha hablado el Padre. Y el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo dador de la vida divina que nos incorpora a Jesucristo, cabeza, como miembros de su cuerpo la Iglesia.

(1) Encíclica de S. S. Pío XII: "Mit brennender Sorge", 14 marzo, 1937.

La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está defendida y sostenida por la fe en la Iglesia fundada por Jesucristo, Dios eternamente bendito para ser columna y fundamento de la verdad y proseguir en la tierra su obra redentora con su misma autoridad, válida para todos los hombres de todos los tiempos y regiones.

La fe en la Iglesia no se mantendrá pura e incontaminada si no está apoyada por la fe en el Primado del Obispo de Roma, es decir, en el Papa sobre el que Jesucristo fundó su Iglesia, en la persona de San Pedro y sus sucesores hasta el fin del mundo, como en la firme roca contra la que se estrellarán los embates de las puertas o poderes del infierno.

La triple afirmación acabada de mencionar no es meramente una profecía, antes una síntesis experimental de lo sucedido desde que el protestantismo rasgó la túnica inconsútil de la cristiandad. Al mismo tiempo esta experiencia de cuatro siglos respalda la verdad de la profecía para lo futuro si los hombres y los estados se empeñan en sostener la obra disociadora del laicismo con el triste corolario de que perdida la fe en Dios, la hemos perdido también en el hombre y cada hombre en sí mismo. ¿Qué otra cosa podemos esperar sino el ansia insatisfecha, la inquietud sin rumbo, la colisión de egoismos, la guerra y la destrucción?

En cambio, como amonestaba S. S. Pío XI a los alemanes de la Alemania de Hitler de tan tristes recuerdos, "la fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado están en sagrada trabazón de mutua dependencia y una autoridad genuina y legal es dondequiera un vínculo de unidad y un manantial de fuerza, una defensa contra la división y la ruina, una garantía para el porvenir. Y esto en un sentido más alto y noble donde, como en el caso de la Iglesia y sólo en la Iglesia, a tal autoridad se le ha prometido la asistencia sobrenatural del Espíritu Santo y su invencible apoyo".

Bien sabemos que el laicismo y el protestantismo ventean sin cesar el espantapajaros de la dominación del Papado y de la Iglesia. Continuamente están los Papas saliéndole al paso. Obras divinas no tratan de suplantar estructuras humanas sino vivificarlas para su crecimiento, perfección y conservación, y el mayor bien temporal y eterno.

